

Kirchnerismo y bolsonarismo: antagonismos simétricos



Presidente brasileño Jair Bolsonaro. 48 horas después de los resultados electorales, primera aparición pública en el Palacio Alvorada, Brasilia, el 1° de noviembre, 2022. Foto EVARISTO SA / AFP.



Fabián Echegaray



Ezequiel Raimondo

0

02/11/2022 10:50

Clarín.com Opinión

Actualizado al 02/11/2022 10:50

Un silencio ruidoso desde la casa presidencial resonó por todo el país suponiendo no sólo el desconocimiento protocolar de que el adversario ganó limpia y democráticamente las elecciones como también la decisión de no ayudarlo en la transición de gobierno ni transferirle el bastón de mando ni estar presente el día de la asunción.

No hablamos de CFK en 2015 sino de Bolsonaro en 2022, aunque las historias se confunden y se fusionan, en ver la derrota democrática como una falla o conspiración del sistema, su aceptación como una claudicación ideológica y al adversario político como un enemigo a demonizar, sabotear y negar.

No es la única coincidencia entre kirchnerismo y bolsonarismo, aunque la foto de Alberto Fernández con Lula a 12 horas de la victoria del segundo quiera transmitir una idea diferente.

Ella transmite la creencia del kirchnerismo de que las gestiones de Lula y CFK fueron gemelas, caracterizando un modelo de gobernanza y una propuesta de orden político semejante, en oposición a -por ejemplo- el bolsonarismo y similares movimientos a uno y otro lado de la frontera. ¿Pero son realmente tan parecidos el kirchnerismo y el petismo como diferentes el kirchnerismo y el bolsonarismo?

Muy a su pesar los actuales oficialismos en Argentina y Brasil se asemejan mucho, más allá de sus boicots a los protocolos. Las analogías son de fondo e incluyen como piensan el funcionamiento y el papel de la sociedad, como entienden la composición de la sociedad y cuál es el rol de las instituciones independientes del Estado.

Bolsonarismo y kirchnerismo coinciden en su visión instrumental de las entidades autónomas estatales concebidas como poleas de transmisión de órdenes del Ejecutivo para lo cual deben ser colonizadas, mientras que la sociedad es entendida como compuesta exclusivamente de dos elementos: una pluralidad de grupos de intereses organizados apropiadores de los recursos monetarios, comunicacionales y de liderazgo a quienes se somete, coopta o excluye y una masa fragmentada relativamente indiferenciada que se clienteliza y subordina con favores y dádivas, activándola o

desmovilizándola según sus necesidades, o entonces -si resiste o no se alinea- se la hace merecedora del sometimiento con regulaciones ad hoc, controles caprichosos y autoritarios o acción disciplinaria punitiva.

Bolsonaro y los Fernández -con discursos diferentes- se han esmerado en la aplicación de la misma receta: dependización de la sociedad y utilitarismo de los mecanismos estatales de gobernanza pública.

En Brasil, la militarización de ministerios, secretarías, empresas públicas o de capital mixto donde el Estado brasileño es accionista mayoritario es un ejemplo. De los poco más de 2 mil militares en cargos públicos que hubo durante la administración Temer, se pasó en pocos años a más de 6.500 y hoy superarían los 8 mil.

Ese corporativismo emula la colonización del Estado por militantes y simpatizantes kirchneristas y adeptos de los movimientos sociales a los que se les formaliza autoridad ejecutiva en las varias instancias de gobernanza de la estructura estatal.

Según datos del Ministerio de Trabajo argentino, solo en los dos primeros años de gestión de los Fernández se sumaron 134.300 personas al plantel del empleo público en todos los niveles, un aumento del 4,2% mientras el PBI se mantuvo estancado y el empleo privado en retroceso durante ese período.

A pesar del agrandamiento de la máquina estatal durante los años de Lula, nunca los gobiernos del PT permitieron semejante proceso de colonización militante o corporativista en escala similar.

Esa instrumentalización se extiende a los cuestionamientos e intentonas de limitación o subordinación de autarquías o poderes autónomos. En plena pandemia Bolsonaro buscó la sumisión del Sistema Único de Salud (SUS) a sus recetas sin prueba científica, al mismo tiempo que pretendió la obediencia de la autoridad sanitaria Anvisa transformando sus visiones en las prioridades del país en términos de política de inmunidad y vigilancia endémica. De modo parecido anuló al IBAMA, la entidad

fiscalizadora y controladora del medio ambiente, dejando pista libre para una deforestación sin precedentes.

Asimismo, tan luego asumió el poder, el presidente brasileño amenazó y buscó redefinir el equilibrio de poder dentro de las instituciones judiciales controladoras sea de las elecciones (como el Tribunal Electoral), sea del monitoreo de actividades financieras ilegales, siempre colocando intereses personales antes que los de la sociedad y la nación.

Una de las consecuencias fue la desactivación de la operación Lava jato, instituida en tiempos de la presidencia de Lula, y que simbolizó el cenit de la autonomía de la fiscalía pública y la policía federal para realizar sus investigaciones, inclusive la que culminó con el propio Lula siendo encarcelado de modo cuestionable.

El paralelismo con las intervenciones o atropellos del kirchnerismo a entidades independientes del Estado y con capacidad de regular o moldar las facultades gerenciales del gobierno es muy notoria. En Argentina, el Indec fue obligado a maquillar las mediciones de inflación, crecimiento y desempleo; el poder judicial vive jaqueado por decenas de iniciativas impulsadas en el Congreso para “democratizar” la Justicia, es decir, para domesticarla. Los gobiernos del PT nunca se atrevieron a tanto.

Por último, la dependización de la sociedad como masa clientelizable y la entronización de grupos de intereses como interlocutores privilegiados y monopolizadores de la representación de la sociedad es otra característica que une bolsonarismo y kirchnerismo y aleja este último de la manera con que el lulismo condujo sus gobiernos.

En Brasil, frente al desafío electoral de conseguir su reelección, Bolsonaro modificó el asistencialismo social construido por las gestiones de Fernando Cardoso y Lula aumentando el valor de la ayuda más allá de los recursos genuinamente existentes y renunciando a exigirles a sus beneficiarios las contrapartidas con vocación cívica de tamaña asistencia tales como el envío de hijos a la escuela o su vacunación.

En Argentina, tras la crisis social de 2001 en la que existía 1 único plan social (Jefes y Jefas de Familia) hoy cuenta con 143 tipos de asistencia distinta y 22 millones de beneficiarios, casi el 45% de la población que es la proporción de pobres. La ayuda llega sin condicionamientos cívicos.

Es probable que Alberto Fernandez con su foto con Lula sueñe en una auto-imagen más respetable para sí y para el kirchnerismo al estilo de la construida por el PT bajo los pasados gobiernos de Lula, aunque en la práctica exista más cercanía de la pensada en la manera como kirchnerismo y bolsonarismo encaran la sociedad y el orden político, ambos objetos pasivos de domesticación e instrumentalización.

Fabián Echegaray y Ezequiel Raimondo son politólogos.